

# Algunas consideraciones acerca de la identidad sexual en la actualidad<sup>1</sup>

*Pablo Grinfeld y Sara P. de Berenstein*

*“El hecho biológico de la dualidad de los sexos se alza ante nosotros cual un profundo enigma, como un término final de nuestros conocimientos, resistiendo toda reducción a nociones más fundamentales. El psicoanálisis no contribuyó con nada a la aclaración de este problema, que evidentemente es pleno patrimonio de la biología. En la vida psíquica sólo hallamos reflejos de esa gran polaridad, cuya interpretación es dificultada por el hecho, hace mucho sospechado, de que ningún individuo se limita a las modalidades reactivas de un solo sexo, sino que siempre concede cierto margen a las del sexo opuesto, igual que su cuerpo lleva, junto a los órganos desarrollados de un sexo, también los rudimentos atrofiados y a menudo inútiles del otro.... Este hecho de que la bisexualidad sea también psicológica pesa sobre todas nuestras indagaciones y dificulta su descripción”. Freud, (1940 [1938])*

El psicoanálisis, en uno de sus más importantes paradigmas, amplió el concepto de sexualidad, extendiéndola a fases pregenitales y acentuó en ella y en sus perturbaciones (represión) la

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue presentado, como uno de los relatos oficiales de APdeBA, en el XX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis (Femineidad y Masculinidad), realizado en Octubre de 1994 en Lima.

explicación del funcionamiento mental, normal y patológico.

Así como no dudamos de la existencia del inconciente, de la transferencia y de la teoría de los sueños, tampoco dejamos de ver que las formas que adopta la patología mental en la actualidad difieren de las adoptadas en la época de Freud. Y ello –pensamos– por las influencias de las características de la sociedad actual, lo cual nos obliga a delimitar nuestro campo, aclarar nuestros criterios y ser conscientes de y consecuentes con nuestra ideología científica y ética.

Hoy asistimos a una “liberación” sexual, ya que la sociedad es más permisiva para las diversas formas de sexualidad y es nuestro interés referirnos a la variación que ha sufrido el concepto de identidad sexual. Exponemos algunas ideas que se agitan dentro del mismo, tanto en consideraciones de la índole de la antropología social y cultural, como en perspectivas psicoanalíticas.

Es hartamente sabido que en la actualidad hay una pérdida de los referentes tradicionales en cuanto a la identidad sexual. Vamos hacia nuevas formas sociales que ocasionan y a su vez son consecuencia de los avances científicos y tecnológicos (anticonceptivos, fecundación artificial).

Como expresión de lo que se ha dado en llamar posmodernidad<sup>2</sup> se toma más en cuenta el relativismo social y cultural. Se debaten ideas en relación al futuro de la humanidad (Lyotard, 1979; Lipovetzky, 1986; Jameson, 1984; Casullo, 1989).

La vida contemporánea nos impone una explosiva irrupción de lo diverso, lo que implica un desafío a la razón teórica (Massuh, 1993).

En la última década se ha intensificado la emergencia, en casi todas las áreas de la actividad cultural, de una práctica específicamente feminista (Lopez Gil, 1991) que, como el ecologismo y el reconocimiento de otras culturas (pluriculturalismo norteamericano), implica reconocer el disenso del otro, lo que nunca resulta una experiencia inocua. Directa o indirectamente el movimiento feminista ha propiciado la aparición de la mujer como fuerza

---

<sup>2</sup> Término que define una corriente cultural actual. En ella –destacan Obiols y Di Segni de Obiols (1992)– conviene distinguir una condición posmoderna, como un cierto estado de cosas (catástrofe ecológica, amenaza nuclear, cosificación del ser humano, etc.), del posmodernismo, como ideología. Esta, lógica cultural de un capitalismo avanzado (Jameson, 1984), tendería a justificar tal estado de cosas.

autosuficiente y creadora, en las artes, literatura, cine, crítica. Preconiza (cuando no se trata de una lucha de sexos) la igualdad de oportunidades y al mismo tiempo la diferencia. En lo que se refiere a esta última, las mujeres deben cobrar conciencia de su femineidad reprimida por el hombre. No sólo es necesaria una integración social, sino también la transformación del orden y de los estereotipos sociales<sup>3</sup>. Por otra parte, el avance del feminismo, la mayor inserción de la mujer en el mercado laboral al que torna más difícil aún, y las nuevas condiciones tecnológicas y estructurales del trabajo, inciden en la identidad del varón, llevándolo a buscar un nuevo modelo de relación, consigo mismo y con los demás<sup>4</sup>.

Por esto también hoy se detecta una preocupación por la identidad masculina. Se pretende una identidad en la cual el hombre sea activo sin ser dominador y con expresión social de sus emociones sin temor de ser considerado homosexual (Nolasco, 1992).

La pérdida del modelo ideal masculino (macho), las dificultades y los costos de satisfacer sus exigencias, su anacronismo e inadecuación a las condiciones históricas presentes produce anomia, crisis e incertidumbre en hombres y mujeres (Berger, 1992). Dice este sociólogo: “Estamos muy probablemente asistiendo a los inicios de un movimiento sociocultural de larga duración, de continuidad y a la vez de ruptura dialéctica con el movimiento histórico feminista, en el que los hombres se dan solidariamente a la tarea de reinventarse nuevamente a sí mismos y reinventar su lugar en la sociedad y en la cultura contemporáneas”.

Lo fundamental –entonces– es redescubrir la identidad más acorde con lo que el varón quiere realmente, es decir aquella

---

<sup>3</sup> Un lenguaje (masculino) unívoco en inglés, define a la mujer en función del hombre: “wo-man”. Y los libros de texto aún hoy muestran cualidades estereotipadas de mujeres y varones que no condicen con la realidad actual (Hojman, 1994).

<sup>4</sup> Tengamos presente la división del trabajo. Desde los orígenes de la familia primitiva el varón asumió las tareas donde se requería la fuerza muscular: caza, grandes esfuerzos en la modificación de la naturaleza. Esfuerzos que fueron aminorados ostensiblemente por el poder de la máquina (sociedad industrial) que vino a suplantar en cierta medida la fuerza del varón.

Pero hoy, en la sociedad post-industrial, la máquina ha cedido su importancia a la informática. La ordenadora ya no necesita de la fuerza muscular sino de la inteligencia, compartida por igual entre varón y mujer.

expresión de lo humano, de lo que en esencia implica ser persona. Porque después precisamente del desarrollo del movimiento feminista, el varón ha tomado conciencia de la necesidad de descartar modelos sociales antiguos que lo privaban de la paternidad, de la intimidad amorosa, de la libertad profesional, en suma del “lado femenino”.

Como es sabido, Freud (1923) sienta sus concepciones en la primacía del falo, para ambos sexos, al señalar las transformaciones que experimenta la polaridad sexual durante la evolución infantil. Echa así las bases para una concepción binaria de las diferencias de sexo, donde la femineidad queda contrapuesta a la presencia del pene, es decir definida en términos de su ausencia. En *Análisis terminable e interminable* (1937) encuentra nuevamente en las antítesis sexuales el lecho de roca para el psicoanálisis.

La concepción binaria de las diferencias sexuales correspondía al espíritu de la época, el cual queda bien representado por Otto Weininger (1880-1903), cuyo nombre quedó unido al psicoanálisis —a pesar de Freud— a través del tema de la bisexualidad.

Según Le Rider (1985), la obra de Weininger *Geschlecht und Charakter (Sexo y carácter)*, best-seller durante 30 años, tuvo profunda influencia en la vida intelectual de la Viena del 900 y constituye una ambiciosa investigación sobre la psicología diferencial y sobre la metafísica de lo masculino y lo femenino, aunque trasunta la misoginia y el antisemitismo de su autor, judío converso. (Por cierto no interesa aquí el enfoque de Weininger en su patología, que Freud aludió en una nota al pie del historial de Juanito).

Para Weininger, el erotismo no resulta una sublimación del instinto sexual, es el arte de diferir al infinito el encuentro con el objeto del propio deseo. El ser amado es inalcanzable, intangible, posee la perfección del amor platónico. La femineidad aparece como el estado primordial, perpetua tentación de abandono a los ciegos instintos. Por el contrario, la masculinidad cultiva hasta el absurdo el espíritu, las construcciones de la moralidad y del racionalismo, fundadas en la oposición masculino-femenino. La “lucha de sexos” le pareció un deber moral y religioso tendiente a una nueva época en la que tal lucha cesaría.

Según Le Rider es posible ver en este autor una prefiguración de la liberación sexual. En él está presente en cierto modo la

naturaleza “polimorfa” de la sexualidad; lo está en su teoría de la bisexualidad permanente, en su separación de sexualidad y procreación, en su sarcasmo hacia la perfección del coito heterosexual, en su aceptación de la homosexualidad y de la castidad. Acuerda a la personalidad genial una naturaleza andrógena, donde masculinidad y femineidad son características absolutamente accidentales. Lo masculino implica el genio. Genio y sexo, espíritu y cuerpo, artista y mujer, son sus polaridades.

Dejando de lado el tema de la bisexualidad biológica y sus manifestaciones o implicancias psicológicas, que constituía una fuente de dificultades teóricas para Freud, podemos coincidir con un pensador del catolicismo (Calvez, 1993) para quien “la relación masculino-femenino cada vez se percibe más en su significado antropológico, así, ya no se la entiende como física o psicológica, sino como relacionada con la definición, la autocomprensión, la realidad misma del ser humano...”

Si bien la dualidad genital da la impronta a la humanidad, ella no implica, en lo que coincidimos, una alteridad absoluta, sino que connota la pertenencia del uno al otro con miras a la unión y a la felicidad, porque la alteridad, si bien reconoce “diferencias entre el hombre y la mujer, no son diferencias para la oposición y separación”.

Desde nuestro punto de vista teórico no podemos dejar de pensar en la unidad fundamental del hombre, que más allá del complejo de Edipo (diferencia hombre-mujer), se remonta a las tempranas relaciones diádicas donde se generan las emociones básicas y los puntos de fijación primordiales (Melanie Klein). Es de entender así que el complejo de Edipo queda determinado por los desenlaces de tales etapas tempranas.

Por ello no es de extrañar que el sacerdote jesuita mencionado no sólo considere las diferencias anatómicas (psicológicas) entre los sexos, sino que trate de ver en la “alteridad” la esencia del hombre (y mujer).

Puede parecer paradójico un intento de conciliar la diferencia con la igualdad, porque cómo reivindicar una singularidad, una identidad sexual, si se sostiene al mismo tiempo una pertenencia a lo humano, universal. Consideramos que la paradoja deja de serlo si discriminamos y profundizamos en la semántica de los términos y en las emociones básicas humanas.

Ante la confusión de los pacientes (y los analistas) suscitada

por la sociedad actual, en cuanto a la identidad sexual, procuramos analizar aquello en común que hace al individuo una persona. Es decir, el funcionamiento mental, del cual resulta tanto la normalidad como la patología.

A modo de brújula utilizamos el concepto de diversidad (caro al relativismo cultural de Lévi-Strauss y a la corriente cultural posmoderna), que implica pensar la diferencia sin oposición y sin complementariedad necesaria (reconocimiento pleno del ente). Enfatizamos así la distinción entre diversidad y diferencia, lo que implica una crítica a la lógica binaria, crítica que hoy parece un imperativo cultural. Porque la diferencia, que se correlaciona con la lógica binaria, determina lo distinto en base a la contraposición y complementariedad, mientras que la diversidad, por el contrario, afirma que una cualidad en uno de los términos no implica la negación de la misma en el diverso. De ahí resulta el respeto por éste, que propone el relativismo cultural mencionado recién, ya que en razón del concepto de diferencia se ha llegado por ejemplo a justificar el racismo.

Estas ideas han sido expresadas a nuestro entender con gran precisión en lo que hace a las diferencias entre sexo y género por Laplanche (1990), quien subraya los dos términos diferentes usados por Freud para referirse a dos fenómenos de distinto orden: *Verschiedenheit* (diversidad) y *Unterschied* (diferencia). En relación al género, la diversidad no supone la contraposición ni la complementariedad necesaria, sino las posibles diferencias culturales y sociales. En relación al sexo lo masculino o femenino no queda adscripto en forma inmediata a la diferencia anatómica, sino que surgiría a partir de un ser adulto, completo, que muestra tal diversidad (“diferencia”)<sup>5</sup>.

Nosotros consideramos que la genitalidad, como característica humana, requiere para su realización el vínculo con el otro. A diferencia de la pregenitalidad, que no necesita obligadamente del otro ya que puede ser autoerótica o fantaseada. Creemos de esta manera otorgarle a la madurez sexual, a la genitalidad, un status psico-bio-social.

Sin embargo no queremos dejar de lado ciertas cuestiones que se plantean con estos fundamentos. Una de ellas se refiere a la

---

<sup>5</sup> También Bleichmar (1992) y Moguillansky y Seiguer (1994) han reparado en esta importante distinción que establece Laplanche.

fantasía, así entonces nos encontramos permanentemente elaborando en los análisis, cómo un coito, si bien fenomenológicamente es genital, por la índole de las fantasías imperantes en él lo podemos considerar pregenital. Por el contrario, la sexualidad pregenital (por ejemplo oral) requiere o puede requerir objetivamente al otro para ser desplegada (fellatio).

Entendemos que la genitalidad constituye un otro estado mental nuevo, diferente al del niño en su actividad sexual infantil, pregenital. Desde este punto de vista, la sexualidad infantil nunca podría ser genital porque no incluye al otro: como alguien diferente. Existe una relación objetal con el otro (madre-padre) pero no se ha constituido un vínculo, mientras que la sexualidad “adulta” sí puede ser pregenital como dijimos anteriormente.

Para ampliar esta postura nos apoyamos en el trabajo de Moguillansky y Seiguer (1994) que –entendemos– empatiza con nuestro pensamiento, a la vez que brinda una sólida e interesante base teórica.

Estos autores parten de la necesidad teórica de tomar distancia de las nociones de descarga y plenitud y sostienen que la genitalidad –coextensa a la constitución de los vínculos intersubjetivos de la adultez– “excede a la organización de una mera forma de satisfacción para ser un estado inestable sustentado en el trabajo psíquico de *procesamiento de las diferencias con otro sujeto*<sup>6</sup>, lugar creativo en el que podemos exceder la repetición de nuestra sexualidad infantil”. El logro genital, especialmente en cuanto a la pérdida de la connotación sexual pregenital, sólo podría describirse en “negativo”, entendiéndose como tal la tolerancia a la frustración y la renuncia al anhelo de fusión, lo que implicaría una nueva valoración de los fenómenos de la “negatividad”. Precisamente lo contrario a una plenitud ideal, narcisista, supuesta de un amor mítico<sup>7</sup>. Resultaría pertinente entonces el concepto de objeto total (kleiniano) ya que al incluir la presencia de la ausencia, quedaría este objeto “tan subrayado en su alteridad que casi deja de serlo (y) sólo faltaría que se lo nombrara como lo que casi es: otro sujeto”. Consideramos que este punto de vista se refiere

---

<sup>6</sup> El destacado es nuestro.

<sup>7</sup> Freud desarrolló tal concepción mítica cuando tomó como modelo para la (bi) sexualidad el andrógino de Platón, en el que se anhela la (re) unión en ese solo ser que, al dividirse, originó la masculinidad y la femineidad.

a la “sujetización del objeto”, esencial en la consideración de la pareja actual.

Es entonces en este marco referencial que venimos delineando, que implica el reconocimiento y respeto del otro diverso, como ente pleno, donde –pensamos– destaca con mayor seguridad la también plena identidad sexual. Marco de la pareja madura en su evolución psicosexual, madurez que quizá necesite precisamente de ese vínculo para constituirse, definirse como tal.

Puede así, en concordancia con un modo de pensar la sociedad actual, otorgarse un lugar más adecuado a las conductas y realizaciones individuales (particularismos), que ya no consideramos rígidamente adscriptas a un determinado sexo, sino patrimonio de ambos. Más aún, cabría también la adscripción de ciertas realizaciones al establecimiento de un vínculo, como ejemplo la parentalidad. Así creemos proceder mejor como analistas, no quedando sujetos a prejuicios y estereotipos.

#### ILUSTRACION CLINICA

M., arquitecto, su esposa también arquitecta. Durante el embarazo de ésta solía decir “estamos embarazados”. El equipo obstétrico que asistiría el parto le propuso su participación durante el mismo y en los cuidados, inmediatamente posteriores, del niño. En función de tales propuestas y de sus ansiedades, aceptó lavar al recién nacido y “alimentarlo” con los líquidos intercalados con el pecho materno. Rechazó en cambio la oferta de cortar el cordón umbilical. Cariñoso, con rasgos histéricos. Aunque se brinda a su bebé sin duda más que un padre típico de nuestra época joven, “se resiste” a ciertos roles que considera más femeninos, como por ejemplo cambiarle los pañales.

Idealiza la capacidad creativa en el diseño arquitectónico de la esposa, quien sin embargo no puede plasmar sus “irrealizables proyectos”. A la par desvaloriza su propia capacidad de hacer diseños más acordes a una resolución práctica, a la que se une una acentuada “mentalidad comercial masculina”, neto producto de la identificación con el importante hombre de negocios que es el padre. Por otra parte *él* disfruta y descolla en la escultura.

Confunde la capacidad creativa de la mujer, “vuelo imaginativo”, con una manifestación exclusivamente femenina; en cambio

su propia “capacidad pragmática” de diseñar proyectos realizables es atribuida a su condición masculina, menospreciada en este caso.

En función de procesos disociativos muy marcados muestra cierta rigidez en lo referido a capacidades que pueden considerarse comunes a hombre y mujer, que así son identificadas estrictamente según las diferencias de sexos, como tradicionalmente lo ha impuesto la cultura. Tal reparto de capacidades, cualidades, funciones, según el sexo (división del trabajo), es lo que precisamente hoy ha variado<sup>8</sup>. Procede así acorde con valores del pasado (corresponde a la mujer cambiar pañales). En otros momentos en que la disociación es menos marcada y surge la confusión, contradice –por lo menos parcialmente– tal situación y trata de coincidir con los valores actuales (el hombre también puede dar el biberón). Muestra así un aspecto de su conflicto de identidad sexual.

En una ocasión él, en contraposición con la esposa, insistía en el diseño de una baranda que, aunque cuestionable desde el punto de vista estético, resultaba imprescindible en lo que se refería a la seguridad de los niños. El diseño de tal baranda le hacía sentirse un “terráqueo”, con los pies en la tierra, frente al diseño de la mujer, que “tiene vuelo de la imaginación, aunque está en las nubes y no proyecta como madre”.

Cuando el analista le mostró el tono de desprecio con que se había referido a sí mismo como “terráqueo”, el paciente lo confirmó y agregó que el término lo asociaba con la “constelación de Taurus, toro”. Efectivamente, valorizaba más el proyecto de la esposa, aunque le parecía contradictorio que una madre diseñara así y dijo que su propio diseño ya era de una “chatura” que le disgustaba.

Aquí el paciente, contradiciendo el estereotipo clásico, atribuye el “vuelo de la imaginación”, culturalmente masculino, a las condiciones femeninas, mientras que la practicidad, culturalmen-

---

<sup>8</sup> M. Klein (1932) y J. Riviere (1937) brindaron una comprensión psicoanalítica acerca del hecho –de acuerdo a la concepción imperante en la cultura de la modernidad– de la mayor producción intelectual del hombre. Al considerar que ante la imposibilidad del varón de llevar a cabo la gestación de un hijo (envidia a la mujer tal capacidad), sublima tales tendencias “femeninas” en las producciones (hijos del intelecto). Ello habría dado cuenta de la prominencia del varón, amén de otras razones sociales, en las ciencias, literatura, filosofía, artes.

te femenina, es considerada masculina, a la par que la desvaloriza (chatura del proyecto).

A partir del nacimiento del bebé se produce un desarrollo muy notable, que culmina en la presentación –en un importante evento de su profesión– de una original forma de resolver un tema arquitectónico, en el cual incluyó la escultura, integrándola así en su identidad profesional de arquitecto “pragmático”. Verdadera unión de pareja fértil, entre sus aspectos internos.

Se puede decir que, en la medida que se ha atenuado la envidia, discrimina sus confusiones (Rosenfeld, 1950), de lo que resulta una mejor diferenciación de los roles<sup>9</sup>.

Pudo plantear así a su esposa que tenía que limitarse, época del amamantamiento del bebé, y no pretender tanta participación en el proyecto, o al menos sólo hacerlo en lo relacionado con las “cuestiones prácticas” más sencillas (coincidiendo aquí con el estereotipo social). Es de interés consignar que la esposa aceptó de muy buen grado esta propuesta lo que contribuyó sin duda al éxito de la exposición. Se dio entonces una significativa “inversión” de la situación previa, en la cual el paciente se encargaba de lo práctico. Es de pensar que el nacimiento del bebé contribuyó a un “ordenamiento” de los roles. La mujer tuvo que encarar el “proyecto concreto” (embarazo, amamantamiento, cuidados maternos) mientras que M., ante tal realidad, no tuvo otra alternativa que dar paso a la sublimación de las tendencias femeninas (M. Klein, 1932)<sup>10</sup>.

Desde la intimidad del análisis llega un momento en que resulta difícil elucidar si una determinada función o fantasía (con respecto a un proyecto, a los hijos, etc.) es patrimonio exclusivo del sexo del individuo. La preocupación del paciente por el peligro de caída (baranda protectora) –por ejemplo– implica asumir una función adulta, de la realidad. La esposa, en su diseño, no parece tenerla, aunque la tradicional división de los sexos indicaría que corres-

---

<sup>9</sup> A propósito del concepto de rol, aclaramos que no lo tomamos en el estricto sentido sociológico, sino en uno más amplio, en el que incluimos las fantasías inconcientes, impulsos, deseos, etc., términos conceptuales del cuño psicoanalítico.

<sup>10</sup> La presentación exitosa de su trabajo pensamos que no sólo sería el resultado de su identidad femenina creadora, sino también expresión del pene potente. Prueba de ello fue que al constituirse la “exposición” de su obra en una manifestación del exhibicionismo fálico, emergieron las típicas ansiedades de castración.

ponde a la madre el cuidado de los niños.

Parece mejor considerar el tema desde una función parental, de cuidados, trascendente a la dualidad sexual. Mejor que establecer “diferencias” en cuanto a las formas del cuidado, que sugieren “oposición”, será el pensar en la “diversidad”. Padre y madre deben cuidar de los hijos en forma diversa, a veces en forma idéntica (peligro de caída). Para estos últimos cuidados reservamos el término de parental, que homologamos al de adulto o también al de genital.

### CONCLUSIONES

Hemos intentado mostrar, a través de la breve discusión del caso presentado, la compleja interrelación que se da entre los roles sexuales culturalmente aceptados y lo multifacético de las fantasías y ansiedades determinantes de la identidad y conducta sexual.

Lo que hace 100 años (*Estudios sobre la histeria*) era claro y preciso en relación a lo masculino y femenino, en la actualidad lo es menos. La división tan mentada entre rasgos fuertes y activos, atribuibles a las características masculinas, y rasgos débiles y pasivos, condición de la femineidad (todavía en el *Compendio*), que tan útil fue para la clínica psicoanalítica, resultó hoy todo lo precaria y convencional que el mismo Freud sostuvo.

La riqueza que aporta nuestra disciplina se refiere a la singularidad con que estudia los fenómenos culturales y sociales, ya que muestra cómo incide en ellos la intimidad del individuo (intrasubjetivo, intersubjetivo, transubjetivo) y, recíprocamente, cómo un mismo fenómeno social es “entendido”, “metabolizado”, por el sujeto en función de sus ansiedades.

El psicoanálisis, a través del descubrimiento del inconsciente y de la sexualidad infantil, ha revolucionado lo que atañe a la expresión de las fantasías y tendencias latentes. Por otra parte la sociedad actual “permite”, o a veces “impone”, una movilidad de roles (sexuales) que –paradojalmente– son sentidos como exigencias difíciles de cumplimentar. Consecuencia de ello fue que si en el pasado imperaba la frustración, inherente a las tendencias reprimidas, en el presente surge el desconcierto y el conflicto

frente a la posibilidad de dar curso a las tendencias del sexo opuesto “liberadas”, convocadas.

Nuestro interés está en una mayor comprensión (contratransferencial) de los pacientes conflictuados por lo que –entendemos– implica la función de roles tradicionalmente atribuidos al sexo opuesto. Nos referimos a sentimientos, actitudes, conductas (actividad, ternura, cuidados maternos, paternos, parentales) que nos parecen comunes al ser humano, y que han sido considerados socialmente patrimonio de uno u otro sexo. Se trata especialmente de una franja humana que pondría en evidencia tales conflictos (varón al que se incita a ejercer roles maternos, por ejemplo, o mujer conflictuada por el ejercicio de roles profesionales “masculinos”). Pensamos que ello se esclarece un tanto al enfatizar en lo común, igualitario, del ser humano, que no implica el desconocimiento de las diferencias sino por el contrario, el respeto de las mismas (diversidad). En general esta situación resulta de la resignación de la omnipotencia, de la elaboración de la envidia fálica y al vientre materno, una mayor tolerancia, el reconocimiento del otro como sujeto, sentimientos de gratitud, etc.

En fin, no nos parece que sea insistir en demasía que, como analistas inmersos en la cultura, debemos incluir en nuestro quehacer las consideraciones realizadas. Estas, simplemente son parte de la ética, del reconocimiento y respeto por el otro.

## RESUMEN

Hacemos algunas consideraciones acerca de la identidad sexual, cuya conflictiva resulta acentuada en la actualidad –pensamos– por los cambios sociales, el feminismo y su repercusión en el varón.

La oposición entre los sexos (lucha) siguiendo el modelo de la lógica binaria, vigente en el inicio del psicoanálisis (correspondiente a la época), no nos parece que de cuenta adecuada en la actualidad de los conflictos de los seres humanos. Por lo menos no el modelo que toma en cuenta la envidia fálica en la mujer y la no aceptación de la actitud pasiva en el varón (Freud, 1937) en una época cultural que tiende a una “igualdad de sexos”.

Pensamos en cambio que el análisis consecuente de las emocio-

## IDENTIDAD SEXUAL

nes básicas del ser humano, comunes entonces a ambos sexos, “libera” a la auténtica identidad sexual y la rescata. Permite así una espontánea asunción de la misma si el analista procede sin “prejuicios” (machista, feminista).

Adquiere así el psicoanálisis también raigambre actual, ya que pensamos que en esencia sostiene una “igualdad de los sexos” en tanto igualdad en lo humano.

Consideramos a la genitalidad como la culminación de una identidad sexual que debe trascender a lo intrasubjetivo y, en ese sentido, encuentra su plena realización en el marco de lo intersubjetivo (creación, hijos), como producto de una interrelación de concurrencia (y no complementaria) entre dos sujetos plenos. Así en lo concreto muchas creaciones humanas (hijos) resultan de una pareja, una parentalidad compartida. Lo cual no quita que creaciones “individuales” lo sean de una “pareja internalizada” (teoría objetal).

Tratamos de ilustrar a través de un paciente en el que sus aspectos creativos resultan conflictivos en relación a su pareja.

## BIBLIOGRAFIA

## SUMMARY

In this paper we make some considerations about the sexual identity, conflictiveness which is increased at the present time we think due to social changes, feminism and its repercussion on the male.

We consider that the opposition of the sexes (struggle) following the pattern of the binary logic that was the standard at the beginning of psychoanalysis (according to the time) is no longer fitted to account for the conflicts of the human being. At least not the model that takes into account phallic envy in the woman and the rejection of the male's passive attitude (Freud, 1937) in a cultural time that tends to equality of the sexes.

On the contrary, we think that the analysis of the basic emotions of the human being, which are common to both sexes “frees” and rescue the authentic sexual identity. This way, there is an spontaneous assumption of the sexual identity if the analyst conducts himself without prejudices (“machismo” or feminism).

This way the psychoanalysis also acquires present importance

since we think that essentially it holds “equality of sexes” that is equality in the human.

We consider genitality as the culmination of sexual identity, that has to transcend into the intra subjective and in that sense finds his culmination in the frame of intersubjectivity (creation, children) as an end result of inter-relation concurrency, (and not complementary) between two full subjects.

So, concretely, many human creations (children) result from a couple, from a shared parenting. This doesn't mean to say that individual creations can be from an “internalized couple” (objectal theory).

We try to illustrate throughout a patient whose creative aspects are conflictive in relation to his couple.

## RESUME

Dans ce travail on fait quelques réflexions sur l'identité sexuelle, dont la nature conflictive est accentuée de nos jours, à cause –croyons nous– des changements sociaux, le féminisme et sa répercussion sur l'homme.

L'opposition entre les sexes (lutte), suivant le modèle de la logique binaire en vigueur au début des études psychanalytiques (correspondant à l'époque), ne nous paraît pas rendre compte, dans l'actualité, des conflits qui se produisent entre les êtres humains, et en tout cas, pas le modèle qui tient compte de l'envie phallique chez la femme et la non acceptation de l'attitude passive chez l'homme (Freud, 1937), dans un stade culturel qui tend à une “égalité des sexes”.

Nous pensons cependant que l'analyse conséquente des émotions basiques de l'être humain, communes aux deux sexes, “libère” l'authentique identité sexuelle en la délivrant. Cela permettant le fait d'assumer spontanément cette identité, si l'analyste n'agit pas selon des “préjugés” (machiste, féministe).

Ainsi, la psychanalyse se met au jour, nous pensons qu'elle souligne essentiellement une “égalité des sexes” en tant qu'égalité humaine.

Nous considérons la génitalité comme le couronnement d'une identité sexuelle qui doit aller au delà de l'intrasubjectif et, dans ce sens, trouve sa pleine réalisation dans le cadre, de l'intersubjectif (création, enfants) en tant que le produit d'une inter-relation de concordance (et non pas de complémentarité) entre deux sujets constitués.

C'est ainsi que, concrètement, beaucoup de relations humaines

surgissent à partir d'un couple, d'une parenté partagée, ce qui n'exclut pas que des créations "individuelles" surgissent d'un "couple internalisé" (théorie objectale).

Nous essayons d'exemplifier ceci avec un patient chez qui ses aspects créatifs se rendent conflictifs en relation à son partenaire.

- BERGER, P. (1992). Identidad cuestionada. Buenos Aires. *Página 12*, 22-10-1992.
- BLEICHMAR, S. (1992). Paradojas de la constitución sexual masculina. *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*. Nº 18, 175/188 - 1992.
- CALVEZ, J. Y. (1993). *Hombre y mujer*. Cuenta Cultura. Buenos Aires. Nº 7, 1993.
- CASULLO, N. (1989). Comp. *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires. Punto Sur, 1989.
- FREUD, S. (1923). La organización genital infantil. (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). Buenos Aires. *Amorror-tu* 19: 141/150.
- (1937). Análisis terminable e interminable. Buenos Aires. *Amorror-tu*. 23: 211-254.
- (1940 [1938]). Compendio del psicoanálisis. Buenos Aires, Santiago Rueda. O.C. 21: 67-126.
- HOJMAN, L. (1994). Aprendiendo a leer sin estereotipos. Buenos Aires. *La Nación*. 6-03-1994.
- KLEIN, M. (1932). *The effects of early anxiety situations on the sexual development of the girl*. Writings, 2: 204-212. *The effects of early anxiety situations on the sexual development of the boy*. Writings, 2, 240-255.
- LAPLANCHE, J. (1990). Reportaje a J. Laplanche. *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*. Nº 18, 45, 1992.
- LE RIDER, J. (1985). Weininger: el anti Freud, en Casullo, N (Comp.) *La remoción de lo moderno. Viena del 900*, Bs. As., Nueva Visión, 1991.
- LIPOVETZKY, G. (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- LOPEZ GIL, M. (1991). *Filosofía. Modernidad. Posmodernidad*. Buenos Aires, Biblos, 1991.
- LYOTARD, J. F. (1979). *La condición posmoderna*. Madrid. Cátedra 1987.
- MASSUH, V. (1993). Agonías de la razón. Buenos Aires, *La Nación*. 12-12-1993.
- MOGUILLANSKY, R. Y SEIGUER, G. (1994). Reconsideraciones sobre la

- genitalidad. *Psicoanálisis Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*. (APDEBA) Vol. XVI, N° 2, Año 1994.
- NOLASCO, S. (1992). Hacia la revolución masculina. Buenos Aires. *Página 12*. 22-10-1992.
- OBIOLS, G. Y DI SEGNI DE OBIOLS, S. (1993). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Buenos Aires. Kapeluz, 1993.
- RIVIERE, J. (1937). Odio, voracidad y agresión, en M. Klein y J. Riviere: Amor, odio y reparación, en *Las Emociones básicas del hombre*. Buenos Aires, Nova, 1960.
- ROSENFELD, H. (1950). Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas, en *Estados psicóticos*. Buenos Aires, Hormé, 1974.

Descriptores: Caso clínico. Cultura. Erotismo. Femenidad. Feminismo. Genitalidad. Identidad sexual. Masculinidad. Roles. Sexualidad. Sociología.

*Pablo Grinfeld*  
Juncal 3150, 9° "A"  
1425 Buenos Aires  
Argentina  
Email: pablo@psiral.filo.uba.ar

*Sara P. de Berenstein*  
República de la India 2921, 9° "A"  
1425 Buenos Aires  
Argentina  
Email: isisara@pccp.com.ar